

**Del Asesinato Considerado Como  
Una de las Bellas Artes**

**Por**

**Thomas de Quincey**

***Freeditorial*** 

## Primer artículo

### I. Advertencia de un hombre morbosamente virtuoso

Seguramente la mayoría de quienes leemos libros hemos oído hablar de la Sociedad para el Fomento del Vicio, del Club del Fuego Infernal que fundó el siglo pasado Sir Francis Dashwood, etc. En Brighton, si no me equivoco, se estableció una Sociedad para la Supresión de la Virtud. La propia sociedad fue suprimida, pero lamento decir que en Londres existe otra, de carácter aún más atroz. En vista de sus tendencias le convendría el nombre Sociedad para la Promoción del Asesinato, pero aplicándose un delicado eufemismo se llama la Sociedad de Conocedores del Asesinato. Sus miembros se declaran curiosos de todo lo relativo al homicidio, amateurs y dilettanti de las diversas modalidades de la matanza, aficionados al asesinato en una palabra. Cada vez que en los anales de la policía de Europa aparece un nuevo horror de esta clase se reúnen para criticarlo como harían con un cuadro, una estatua u otra obra de arte. No me daré el trabajo de describir el espíritu que anima sus actividades, pues el lector podrá apreciarlo mejor en una de las Conferencias Mensuales leídas ante la sociedad el año pasado. El texto llegó a mis manos por azar, a pesar de la vigilancia que ejercen los miembros para que el público no se entere de sus deliberaciones. Al verlo impreso se sentirán alarmados y ésa, justamente, es mi intención. En efecto, prefiero con mucho que la sociedad se disuelva tranquilamente ante un llamamiento dirigido a la opinión pública y sin necesidad de recurrir a los tribunales de policía de Bow Street, para lo cual habría que citar nombres, aunque si no tengo más remedio emplearé este último recurso. Mi intensa virtud no puede permitir que ocurran tales cosas en un país cristiano. Aún en tierra de paganos la tolerancia del asesinato —es decir, los horribles espectáculos del circo— era, a juicio de un autor cristiano, el más vivo reproche que podía hacerse a la moral pública. El autor es Lactancio, y creo que sus palabras se aplican de modo singular a la presente ocasión: «¿Qué cosa tan horrible y tétrica como el matar a seres humanos?» — dice Lactancio—. «Por ello se protege nuestra vida con leyes severísimas; por ello son objeto de execración las guerras. Sin embargo, en Roma la costumbre permite el asesinato al margen de la guerra y de las leyes, y las exigencias del gusto (voluptas) igualan a las del crimen». Que la Sociedad de Caballeros Aficionados lo tenga presente; me permito señalar a su atención, de manera especial, la última frase, de tanto peso, que intentaré traducir así: «Ahora bien, si sólo por hallarse presente en un asesinato se adquiere la calidad de cómplice, si basta ser espectador para compartir la culpa de quien perpetra el crimen, resulta innegable que, en los crímenes del anfiteatro, la mano que

descarga el golpe mortal no está más empapada de sangre que la de quien contempla el espectáculo, ni tampoco está exento de la sangre quien permite que se derrame, y quien aplaude al asesino y para él solicita premios, participa en el asesinato». Aún no he oído que se acuse a los Caballeros Aficionados de Londres de «proemia, postulavit», si bien no hay duda de que a ello tienden sus actividades, pero el título mismo de su asociación entraña el «interfectori favit», que se expresa en cada una de las líneas de la conferencia que aparece a continuación.

X. Y. Z.

## II. La Conferencia

Señores: El comité me ha honrado con la ardua tarea de pronunciar la conferencia en honor de Williams sobre el tema del Asesinato considerado como una de las Bellas Artes. Quizá la tarea habría sido fácil hace tres o cuatro siglos, cuando era muy poco lo que se sabía del arte y muy contados los grandes modelos expuestos, pero en nuestra época no faltan obras maestras de valor ejecutadas por profesionales y el público exigirá un adelanto igual en el estilo de la crítica que ha de aplicarse. La práctica y la teoría deben avanzar pari passu. Empezamos a darnos cuenta de que la composición de un buen asesinato exige algo más que un par de idiotas que matan o mueren, un cuchillo, una bolsa y un callejón oscuro. El diseño, señores, la disposición del grupo, la luz y la sombra, la poesía, el sentimiento se consideran hoy indispensables en intentos de esta naturaleza. El Sr. Williams ha exaltado para todos nosotros el ideal del asesinato y con ello ha aumentado la dificultad de mi tarea. Como Esquilo o Milton en poesía, como Miguel Ángel en pintura, ha llevado su arte hasta tal punto de sublimidad colosal que en cierta forma, como observa el Sr. Wordsworth, «ha creado el gusto con el cual hay que disfrutarlo». Esbozar la historia del arte y examinar sus principios desde el punto de vista crítico es ahora deber de los concedores, jueces muy distintos a los que se sientan en las bancas de los tribunales de Su Majestad.

Antes de comenzar, permítanme dirigir una o dos palabras a ciertos hipócritas que pretenden hablar de nuestra sociedad como si su orientación tuviese algo de inmoral. ¡Inmoral! ¡Júpiter nos asista, caballeros! ¿Qué pretende esta gente? Estoy y estaré siempre en favor de la moralidad, la virtud y todas esas cosas; afirmo y afirmaré siempre (cualesquiera sean las consecuencias) que el asesinato es una manera incorrecta de comportarse, y hasta muy incorrecta; más aún, no tengo empacho en afirmar que el hombre que se dedique al asesinato razona equivocadamente y debe seguir principios

muy inexactos de modo que, lejos de protegerlo y ayudarlo señalándole el lugar en que se esconde su víctima, lo cual es el deber de toda persona bien intencionada, según afirma un distinguido moralista alemán, yo suscribiría un chelín y seis peniques para que se le detuviera, o sea, dieciocho peniques más de lo que hasta ahora han contribuido a tal objeto los moralistas más eminentes. ¿Cómo negarlo? En este mundo todo tiene dos lados. El asesinato, por ejemplo, puede tomarse por su lado moral (como suele hacerse en el pulpito y en el Old Bailey) y, lo confieso, ése es su lado malo, o bien cabe tratarlo estéticamente —como dicen los alemanes—, o sea en relación con el buen gusto.

Para demostrarlo me valdré de la autoridad de tres personas eminentes: S. T. Coleridge, Aristóteles y el señor Howship, el cirujano.

Comenzaré por S. T. C. Una noche, hace muchos años, tomaba té con él en Berners Street (que, dicho sea de paso, aunque es una calle muy corta, ha sido extraordinariamente fecunda en hombres de genio). Había otros invitados además de mi persona y, mientras atendíamos a ciertas consideraciones carnales en forma de té y tostadas, escuchábamos una disertación sobre Plotino de los labios áticos de S. T. C. De pronto, se oyeron gritos de «¡Fuego, fuego!», a los cuales todos nosotros, maestros y discípulos salimos corriendo, ansiosos de presenciar la función. El incendio era en la calle de Oxford, en el taller de un fabricante de pianos, y, como prometía ser una conflagración de mérito, lamenté que mis compromisos me obligaran a dejar al Sr. Coleridge antes de que sobreviniera la crisis. Días más tarde, al encontrarme con mi platónico anfitrión, le recordé el caso pidiéndole por favor que me contase cómo había terminado el prometedor espectáculo. «¡Oh, señor!» —me respondió—, «resultó tan malo a fin de cuentas que todos lo condenamos por unanimidad». Ahora bien, ¿acaso se puede pensar que el Sr. Coleridge —que aunque demasiado grueso para la virtud activa es, sin embargo, un buen cristiano— que este amable S. T. C., digo, sea un incendiario o tan siquiera capaz de desear el mal a un pobre hombre y a sus pianos (muchos de ellos, sin duda, provistos de teclados adicionales)? Por el contrario, lo conozco bien y apostaré mi cabeza a que, en caso de necesidad, arrimaría el hombro a la bomba de incendios, aunque en vista de su gordura no debiera someter su virtud a tales pruebas de fuego. Tratemos de comprender la situación. Lo que se requería en este caso no eran pruebas de virtud. Al llegar los bomberos, toda moralidad quedaba a cargo exclusivo de la empresa de seguros. El Sr. Coleridge tenía, pues, pleno derecho a darse gusto. Había dejado su té. ¿No recibiría nada en cambio?

Afirmo que, partiendo de estas premisas, el más virtuoso de los hombres tiene derecho a convertir el fuego en un placer y a silbarlo, como haría con cualquier representación que despertase las expectativas del público para

luego defraudarlas. Citemos a otra gran autoridad, veamos lo que dice el Estagirita. Aristóteles (creo que en el Libro Quinto de su Metafísica) describe lo que él llama el ladrón perfecto; y por su parte, el señor Howship, en su obra sobre la Indigestión, no tiene escrúpulos en hablar con admiración de cierta úlcera que había visto y que califica de «una hermosa úlcera». ¿Pretenderá alguien que, considerando las cosas en abstracto, Aristóteles pudiera pensar en un ladrón como en un personaje perfecto o el señor Howship enamorarse de una úlcera? Aristóteles, como es sabido, fue persona tan sumamente moral, que, no contento con escribir su Ética a Nicómaco en un volumen en octavo, escribió también otro sistema, titulado Magna Moralia o Gran Ética. Es del todo imposible que un nombre que redacta éticas, grandes o pequeñas, admire a un ladrón per se; en cuanto al señor Howship, nadie ignora que está en guerra con las úlceras y, sin dejarse seducir por sus encantos, hace lo posible por desterrarlas del condado de Middlesex. Pero no es menos cierto que, por más reprobables que sean per se, tanto un ladrón como una úlcera pueden tener infinitos grados de mérito en relación con otros individuos de su misma clase. Ambos son, en verdad, imperfecciones, pero como su esencia es ser imperfectos, la grandeza misma de su imperfección se vuelve una perfección. Spartam nactus es, harte exorna. Un ladrón como Autólico o el una vez famoso George Barrington, y una tremenda úlcera fagedénica soberbiamente definida, con cada una de sus fases naturales bien marcadas, pueden considerarse tan ideales en su clase como la más impecable rosa de musgo entre las flores, en su progreso desde el botón hasta la «pura, encendida rosa», o la más bella muchacha, adornada con todas las galas de la feminidad, entre las flores humanas. Y así no sólo es imposible imaginar el tintero ideal, como lo demostró el Sr. Coleridge en su celebrada correspondencia con el señor Blackwood —lo cual, por lo demás, no creo tan extraordinario, pues un tintero es un objeto laudable y un miembro valioso de la sociedad—, sino que hasta la imperfección misma puede tener su estado ideal o perfecto.

Les presento mis disculpas, señores, por hablar tanto y tan seguido de filosofía; permítanme ahora aplicar lo que he dicho. Cuando un asesinato se encuentre en el tiempo paulo-postfuturo —o sea, que no se ha cometido ni se está cometiendo sino que aún ha de cometerse— y tengamos noticia de ello, tratémoslo moralmente. Supongamos en cambio que ya se ha cometido y que podemos decir está consumado o (en el diamantino verso de Medea) está hecho, es un «Fait accompli»; supongamos que la pobre víctima ha dejado de sufrir y que el miserable asesino ha desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra; supongamos, en fin, que hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance, estirando la pierna para poner una zancadilla al criminal en su huida, aunque sin éxito —«abiit, evasit, excessit, erupit», etc.—; suponiendo todo esto me permito preguntar: ¿de qué sirve aún más virtud? Ya hemos dado lo suficiente a la moralidad: ha llegado la hora del buen gusto y de las Bellas

Artes. No hay duda de que el caso fue triste, tristísimo, pero no tiene remedio. Hagamos lo que esté a nuestro alcance con lo que nos queda entre manos, y si es imposible sacar nada en limpio para fines morales, tratemos el caso estéticamente y veamos si con ello conseguimos algo. Tal es la lógica del hombre sensato. ¿Cuál es el resultado? Pues que secamos nuestras lágrimas y quizá tengamos la satisfacción de descubrir que unos hechos lamentables y sin defensa posible desde el punto de vista moral resultan una composición de mucho mérito al ser juzgados con arreglo a los principios del buen gusto. Así queda contento todo el mundo; se confirma el viejo refrán de que no hay mal que por bien no venga, el aficionado comienza a levantar cabeza cuando ya empezaba a cobrar un aire bilioso y alicaído por su excesiva atención a la virtud, y prevalece la hilaridad general. La virtud ha tenido su momento y en adelante la Virtú, tan parecida que difiere en una sola letra (por la cual no vale la pena pelearse), la Virtú, digo, y el Juicio Crítico tienen licencia para valerse por sí mismos. Este principio, señores, será el que oriente nuestros estudios, desde Caín hasta el Sr. Thurtell. Visitemos cogidos de la mano la gran galería del asesinato, poseídos de deliciosa admiración, mientras trato de señalar a ustedes los objetos en que la crítica se ejercita con provecho.

Todos ustedes conocen a fondo el primer asesinato. En tanto que inventor del asesinato y padre del arte, Caín debió de ser un hombre de genio extraordinario. Todos los Caínes fueron hombres de genio. Creo que Túbal Caín inventó la trompa o algo por el estilo. Mas, cualquiera que fuese la originalidad y el genio del artista, las artes se hallaban entonces en la infancia, y las obras producidas en los diversos estudios deben criticarse teniendo en cuenta este hecho. Probablemente la obra de Túbal no ganaría, en nuestros días, la aprobación general en Sheffield, de modo que no es deshonroso decir de Caín (me refiero a Caín el padre) que su actuación fue muy mediana. Se afirma que Milton no compartía esta opinión. Por la manera como relata el caso parece tratarse de su asesinato preferido, pues lo retoca con evidente voluntad de aumentar el efecto pintoresco:

Lleno de ira en su interior, mientras hablaban

Lo hirió en el pecho con una piedra

Y le arrancó la vida: palideció, cayó, el alma

Escapó en un quejido, con un chorro de efusiva sangre.

(El Paraíso Perdido, libro XI.)

El pintor Richardson, que tenía buen ojo para tales efectos, comenta así el pasaje en la página 497 de sus «Notas sobre el Paraíso Perdido»: «Se creía» —observa— «que Caín dejó en el sitio (como suele decirse) a su hermano atacándolo con una piedra enorme; Milton acepta esta versión pero añade una

gran herida». En este lugar fue adición muy atinada pues lo rudo del arma, a menos que la levante y enriquezca un colorido cálido y sanguinario, revela con exceso la falta de adorno de la escuela salvaje, como si Polifemo hubiese cometido el crimen sin ninguna ciencia, ni premeditación, ni nada que no fuese un hueso de carnero. Sobre todo me complace la mejora porque demuestra que Milton era también un aficionado. En cuanto a Shakespeare, nunca lo hubo mejor, y ahí están para probarlo sus descripciones del asesinato de Duncan, Banquo, etc., y sobre todo su incomparable miniatura de la muerte de Gloucester, en Enrique VI.

Es lamentable comprobar que, una vez asentados, los cimientos del arte durmieron durante siglos sin que se lograra ningún progreso. En efecto, ahora tendré que saltar sobre todos los asesinatos, sagrados y profanos, todos ellos indignos de la menor atención, hasta bien entrada la era cristiana. Grecia, aún en la Edad de Pericles, no produjo ningún asesinato, o por lo menos no se registra ninguno, del más mínimo mérito, y Roma era de muy escasa originalidad de genio en cualquiera de las artes como para tener éxito donde su modelo no le indicaba el camino. Más aún, hasta el latín cede ante la idea misma del asesinato. ¿Cómo se dice en latín «este hombre ha sido asesinado»? *Interfectus est*, *interemptus est*, que sólo expresa el homicidio; por ello la latinidad cristiana de la Edad Media se vio obligada a introducir una nueva palabra a la que no se elevaron nunca, en su debilidad, las concepciones clásicas. *Murdratus est*, dice el dialecto más sublime de las edades góticas. Entretanto, la escuela judía del asesinato mantuvo con vida lo que ya se conocía del arte y lo transfirió gradualmente al mundo occidental. La escuela judía siempre fue respetable, aún en sus etapas medievales, como lo demuestra el caso de Hugh de Lincoln, honrado con motivo de otra obra de la misma escuela por la aprobación de Chaucer quien, en sus Cuentos de Canterbury, lo celebra por boca de la Señora Abadesa.

Volviendo, sin embargo, un instante a la antigüedad clásica, no dejo de pensar que Catilina, Clodio y algunos de esa coterie hubieran podido ser artistas de primera línea y cabe lamentar, desde todo punto de vista, que la fatuidad de Cicerón privara a su patria de la única posibilidad de distinguirse en este aspecto. Nadie mejor que él para sujeto de un asesinato. ¡Señor, y cómo hubiera aullado de pánico escuchando a Cetego bajo la cama! Verdaderamente fuera divertidísimo oírlo y estoy seguro, señores, que hubiese preferido lo útil de deslizarse a un armario, o inclusive a una cloaca, a lo honestum de enfrentarse con el audaz artista.

Vengamos ahora a la Edad Oscura (término con el cual nosotros, quienes hablamos con precisión, designamos por excellence el siglo décimo como línea meridiana más los dos siglos anteriores y posteriores, siendo medianoche cerrada de A. D. 888 A. D. 1111), Edad que debió ser naturalmente propicia

del arte del asesinato como lo fue a la arquitectura religiosa, los vitrales, etc., por lo cual, a fines de este período, surgió un gran personaje de nuestro arte: hablo del Viejo de la Montaña. Fue en verdad una figura luminosa y no hace falta añadir que hasta la palabra «asesino» nos viene de él. Tan buen aficionado era que en una ocasión, al atentar contra su vida uno de sus asesinos preferidos, se sintió muy complacido con el talento demostrado y, a pesar del fracaso del artista, le concedió en el acto el título de duque, con derecho de sucesión por línea femenina, y le asignó una pensión por tres vidas. El asesinato de grandes personajes es una rama del arte que requiere por sí sola una noticia y tal vez le dedique toda una conferencia. Por ahora me limitaré a observar que, por extraño que parezca, esta rama del arte florece de manera intermitente. Aquí sólo llueve sobre mojado. En nuestra propia época podemos citar con satisfacción algunos ejemplos excelentes, como el caso de Bellingham con el Primer Ministro Perceval, el del Duque de Berri en la Opera de París y el del Mariscal Bessiéres en Avignon. Por lo demás, hace unos dos siglos y medio hubo una constelación brillantísima de esta clase de crímenes. Apenas si es preciso agregar que me refiero a siete obras espléndidas: el asesinato de Guillermo I de Orange; el de los tres Enriques franceses, o sea Enrique, Duque de Guisa, que tenía pretensiones al trono de Francia, Enrique III, último príncipe de la dinastía de Valois que entonces ocupaba el trono, y en fin Enrique IV, su cuñado, que lo sucedió en el poder como primer príncipe de la dinastía de Borbón; no habían pasado dieciocho años cuando llegaron al quinto de la lista, nuestro duque de Buckingham (cuya muerte está magníficamente descrita en las cartas publicadas por Sir Henry Ellis, del Museo Británico) y luego el sexto, Gustavo Adolfo y el séptimo, Wallenstein. ¡Qué gloriosa pléyade de asesinatos! Nuestra admiración crece al comprobar que la deslumbrante constelación de manifestaciones artísticas, integrada por 3 Majestades, 3 Altezas Serenísimas y 1 Excelentísimo Señor, está ceñida a un lapso de tiempo muy breve, que va de A. D. 1588 a 1635. Cabe hacer notar de paso que muchos autores, Harte entre otros, dudan del asesinato del rey de Suecia; pero se equivocan: sí fue asesinado y, a mi juicio, el crimen es único por su excelencia, pues el rey cayó al mediodía y en medio del campo de batalla, original concepción que no se repite en ninguna otra obra de arte que yo recuerde. La idea de un asesinato secreto por razones privadas, inserto en un pequeño paréntesis en la gran escena de matanza del campo de batalla, evoca el sutil artificio de Hamlet, en el que hay una tragedia dentro de una tragedia. Diré más, el conocedor avanzado puede estudiar con provecho todos estos asesinatos. Todos ellos son exemplaria, asesinatos modelo, asesinatos originales, de los que cabe decir:

«Nocturna versate manu, versate diurna».

sobre todo nocturna.

No es de asombrar que se asesine a príncipes y estadistas. A menudo hay cambios muy importantes que dependen de sus muertes, y en vista de la eminencia en que se encuentran se hallan particularmente expuestos a la mano de cualquier artista a quien anime el deseo de lograr un efecto escénico. Pero hay otra clase de asesinatos que ha prevalecido desde comienzos del siglo diecisiete y que sí me sorprende: me refiero al asesinato de filósofos. Señores, es un hecho que durante los dos últimos siglos todos los filósofos eminentes fueron asesinados o estuvieron muy cerca de ello, hasta tal punto que cuando un hombre se llame a sí mismo filósofo y no se haya atentado nunca contra su vida, podemos estar seguros de que no vale nada; por ejemplo, creo que una objeción insalvable a la filosofía de Locke (si acaso hiciera falta) es que, aunque el autor paseó su garganta por el mundo durante setenta y dos años, nadie condescendió nunca a cortársela. Como estos casos de filósofos no son muy conocidos y, en general, los tengo por interesantes y bien compuestos en sus detalles, procederé ahora a una digresión sobre el tema, cuyo principal objeto será mostrar mi propia erudición.

El primer gran filósofo del siglo diecisiete (si exceptuamos a Bacon y Galileo) fue Descartes, y si alguna vez se dijo de alguien que estuvo a punto de ser asesinado —a una pulgada del asesinato— habrá que decirlo de él. La historia es la siguiente, según la cuenta Baillet en su *Vie de M. Descartes*, tomo I, págs. 102-3. En 1621, Descartes, que tenía unos veintiséis años, se hallaba como siempre viajando (pues era inquieto como una hiena) y al llegar al Elba, ya sea en Gluckstadt o en Hamburgo, tomó una embarcación para Friezland oriental. Nadie se ha enterado nunca de lo que podía buscar en Friezland oriental y tal vez él se hiciera la misma pregunta ya que, al llegar a Embden, decidió dirigirse al instante a Friezland occidental, y siendo demasiado impaciente para tolerar cualquier demora alquiló una barca y contrató a unos cuantos marineros. Tan pronto habían salido al mar cuando hizo un agradable descubrimiento, al saber que se había encerrado en una guarida de asesinos. Se dio cuenta, dice M. Baillet, que su tripulación estaba formada por «des scélérats», no aficionados, señores, como lo somos nosotros, sino profesionales cuya máxima ambición, por el momento, era degollarlo. La historia es demasiado amena para resumirla y a continuación la traduzco cuidadosamente del original francés de la biografía: «M. Descartes no tenía más compañía que su criado, con quien conversaba en francés. Los marineros, creyendo que se trataba de un comerciante y no de un caballero, pensaron que llevaría dinero consigo y pronto llegaron a una decisión que no era en modo alguno ventajosa para su bolsa. Entre los ladrones de mar y los ladrones de bosques hay esta diferencia, que los últimos pueden perdonar la vida a sus víctimas sin peligro para ellos, en tanto que si los otros llevan a sus pasajeros a la costa corren grave peligro de ir a parar a la cárcel. La tripulación de M. Descartes tomó sus precauciones para evitar todo riesgo de esta naturaleza. Lo

suponían un extranjero venido de lejos, sin relaciones en el país, y se dijeron que nadie se daría el trabajo de averiguar su paradero cuando desapareciera " (quand il viendrait à manquer"). Piensen, señores, en estos perros de Friezland que hablan de un filósofo como si fuese una barrica de ron consignada a un barco de carga. "Notaron que era de carácter manso y paciente y, juzgándolo por la gentileza de su comportamiento y la cortesía de su trato, se imaginaron que debía ser un joven inexperimentado, sin situación ni raíces en la vida, y concluyeron que les sería fácil quitarle la vida. No tuvieron empacho en discutir la cuestión en presencia suya pues no creían que entendiese otro idioma además del que empleaba para hablar con su criado; como resultado de sus deliberaciones decidieron asesinarlo, arrojar sus restos al mar y dividirse el botín"».

Perdonen que me ría, caballeros, pero a decir verdad me río siempre que recuerdo esta historia, en la que hay dos cosas que me parecen muy cómicas. Una de ellas es el miedo pánico de Descartes, a quien se le debieron poner los pelos de punta, como suele decirse, ante el pequeño drama de su propia muerte, funeral, herencia y administración de bienes. Pero hay otro aspecto que me parece aún más gracioso, y es que si los mastines de Friezland hubieran estado «a la altura», no tendríamos filosofía cartesiana y, habida cuenta de la infinidad de libros que ésta ha producido, dejaré que cualquier respetable fabricante de baúles explique cómo nos hubiera ido sin ella.

Pero sigamos adelante: a pesar de su miedo cerval, Descartes demostró estar dispuesto a luchar y con ello intimidó a la canalla anticartesiana. «Viendo que no se trataba de una broma» —dice M. Baillet—, «M. Descartes se puso de pie de un salto, adoptó una expresión severa que estos miserables no le conocían y, dirigiéndose a ellos en su propio idioma, los amenazó con atravesarlos de parte a parte si se atrevían a ofenderlo en lo que fuera». Sin duda para los viles rufianes hubiese sido honor muy superior a sus méritos el quedar ensartados como pajaritos en una espada cartesiana, y me alegro que M. Descartes no cumpliera su amenaza, robándole así sus presas a la horca, sobre todo cuando pienso que, tras asesinar a la tripulación, no hubiera conseguido regresar a puerto: habría quedado navegando eternamente en el Zuyder Zee para que los marineros lo tomaran por el Holandés Errante que volvía a casa. «El valor que mostró M. Descartes» —dice su biógrafo— «obró como por arte de magia sobre los bribones. Lo súbito de la sorpresa los hundió en la más ciega consternación, por fortuna para él, y lo llevaron a su lugar de destino sin más molestias».

Tal vez, caballeros, crean ustedes que, siguiendo el ejemplo del discurso de César a su pobre barquero —«Caesarem vehis et fortunas eius»— M. Descartes no tenía sino que decir: «Perros, no podéis cortarme la garganta, pues lleváis a Descartes y a su filosofía», después de lo cual ya podía

desafiarlos a que hicieran lo que se les antojase. Un emperador alemán tuvo la misma idea una vez que le aconsejaron se retirase de la línea de fuego. «¡Vamos, hombre!» —respondió—. «¿Cuándo has oído que una bala de cañón haya matado a un emperador?». No sabría qué contestar tratándose de emperadores, pero con mucho menos se ha exterminado a un filósofo, y no cabe duda alguna de que el próximo gran filósofo europeo fue asesinado. Me refiero a Spinoza.

Bien sé que la opinión más frecuente es que murió en su cama. Tal vez sea cierto, pero no quita que fuera asesinado. Lo probaré con un libro publicado en Bruselas en 1731, que lleva por título «La vie de Spinoza, par M. Jean Colerus», y contiene muchas adiciones tomadas de una biografía que dejó en manuscrito un amigo del filósofo. Spinoza murió el 21 de febrero de 1677, cuando tenía poco más de cuarenta y cuatro años. Ya esto parece sospechoso, y M. Jean admite que cierta expresión usada en el manuscrito biográfico da a entender «que sa mort n'a pas été tout-à-fait naturelle». Como vivió en Holanda, país húmedo y país de marineros, podría suponerse que bebió muchos grogs y sobre todo muchos ponches, bebida que acababa de inventarse. Sin duda esto sería posible, pero lo cierto es que no fue así. M. Jean lo llama «extrêmement sobre en son boire et en son manger». Y aunque circulaban algunas historias fantásticas sobre el uso que hacía del jugo de mandrágora (pág. 140) y del opio (pág. 144), ninguno de estos artículos figura en la cuenta de su boticario. Si vivía con tal sobriedad, ¿cómo es posible que falleciese de muerte natural a los cuarenta y cuatro años? Oigamos el relato de su biógrafo: «La mañana del domingo 21 de febrero, antes de que fuera hora de ir a la iglesia, Spinoza vino a la planta baja y conversó con el dueño y la dueña de la casa». Como ustedes ven, en este momento, a eso de las diez de la mañana del domingo, Spinoza estaba vivo y en buena salud. Parece sin embargo que había llamado a cierto médico «a quien» —dice el biógrafo— «sólo señalaré con estas dos letras: L. M.». Este L. M. dio instrucciones de comprar un «gallo viejo» y ponerlo a hervir para que Spinoza tomase un poco de caldo al mediodía; así se hizo y comió con buen apetito un poco del gallo viejo después que el dueño de casa y su mujer volvieron de la iglesia.

«Esa tarde, L. M. se quedó solo con Spinoza, pues la gente de casa regresó a la iglesia; al salir se enteraron, con gran sorpresa, que Spinoza había muerto a eso de las tres de la tarde, en presencia de L. M., quien ese mismo día partió para Ámsterdam en la barca de la noche sin hacer ningún caso del extinto», y probablemente sin hacer ningún caso del pago de su pequeña cuenta personal. «Seguramente omitió con más facilidad el cumplimiento de sus deberes por haberse apoderado de un ducado, de una pequeña cantidad de plata y de un cuchillo con mango de plata antes de desaparecer con el botín». Como pueden ver, señores, el asesinato y la manera de cometerlo están muy claros. L. M. asesinó a Spinoza para apoderarse de su dinero. El pobre Spinoza era flaco,

débil e inválido; como no hubo huellas de sangre, lo más probable es que L. M. se arrojase sobre él y lo ahogara con los almohadones —el pobre hombre ya estaría medio sofocado por la comida infernal. Tras masticar ese «gallo viejo», que para mí es un gallo del siglo anterior, ¿en qué condiciones podía hallarse el pobre inválido para luchar con L. M? Y a todo esto ¿quién era L. M? Lindley Murray no puede ser, puesto que yo lo vi en York en 1825; además no creo que fuese capaz de hacer tal cosa; al menos no elegiría como víctima a un gramático colega suyo puesto que, como ustedes saben, Spinoza escribió una gramática hebrea muy respetable.

Hobbes no fue asesinado, nunca he logrado comprender por qué ni en virtud de qué principio. Esta es una omisión capital de los profesionales del siglo diecisiete, pues a todas luces se trata de un espléndido sujeto para el asesinato, salvo que era flaco y huesudo; por lo demás, puedo probar que tenía dinero y (lo cual es muy cómico) carecía de todo derecho a oponer la menor resistencia ya que, conforme a su propia tesis, el poder irresistible crea la más elevada especie de derecho, de modo que constituye rebelión, y de las más negras, el resistirse a ser asesinado cuando ante nosotros aparece una fuerza competente. No obstante, si bien no fue asesinado, me complace asegurarles que, según su propia cuenta, estuvo tres veces a punto de serlo, lo cual nos consuela. La primera fue durante la primavera de 1640, en que pretende haber repartido un pequeño manuscrito en defensa del rey contra el Parlamento. Este manuscrito, dicho sea de paso, no se encontró jamás, pero Hobbes afirma que «si Su Majestad no hubiera disuelto el Parlamento» (en mayo) «lo habría puesto en peligro de muerte». De nada valió disolver el Parlamento, pues en noviembre del mismo año se reunió el Parlamento Largo y Hobbes, temiendo por segunda vez ser asesinado, huyó a Francia. Esto se parece a la locura de John Dennis, quien creía que Luis XIV no haría nunca la paz con la reina Ana a menos que se le entregase (a él, es decir a Dennis) a la venganza francesa y hasta huyó de la costa, tan convencido estaba del peligro. En Francia, Hobbes logró defender bastante bien su garganta durante diez años, pero al cabo publicó el Leviatán en homenaje a Cromwell. El viejo cobarde empezó a morir de miedo por tercera vez; imaginaba que las espadas de los caballeros se volvían contra él y recordaba la suerte de los embajadores del Parlamento en La Haya y Madrid. «Tum» dice de sí mismo en su vida, que está escrita en un latín para andar por casa:

«Tum venit in mentem mihi Dorislaus et Ascham; Tanquam proscripto terror ubique aderat».

Y en consecuencia corrió de vuelta a Inglaterra. Ahora bien, es innegable que el hombre merecía una paliza por haber escrito el Leviatán y otras dos o tres por perpetrar un pentámetro que acaba tan villanamente en «terror ubique aderat», pero nadie pensó nunca que fuese digno de algo más que una paliza.

Toda la historia es una pura invención suya. En una carta mentirosísima que escribió «a una persona ilustrada» (Wallis, el matemático) cuenta lo sucedido de manera completamente distinta y dice (pág. 8) que huyó a casa «porque no estaba seguro con el clero francés», insinuando que podía ser asesinado a causa de su religión, lo cual en verdad hubiera sido algo de mucha risa: ¡Tom en la hoguera a causa de su religión! Lo cierto es que, fueran o no tales historias simples exageraciones, Hobbes temió hasta el fin de sus días que alguien lo asesinase. Esto lo probaré con lo que voy a contarles; mi fuente no es un manuscrito, pero como si lo fuera (en las palabras del Sr. Coleridge) ya que se trata de un libro hoy enteramente olvidado: «El Credo del Sr. Hobbes Examinado: en una Plática entre él y un Estudiante de Teología», que se publicó unos diez años antes de morir Hobbes. La obra es de autor anónimo, pero la escribió Tenison, el mismo que unos treinta años más tarde sucedió a Tillotson como Arzobispo de Canterbury. La anécdota que sirve de introducción es la siguiente: «Un clérigo» (sin duda el propio Tenison) «solía visitar todos los años, durante un mes, las diversas regiones de la isla». En una de estas excursiones (1670) llegó a Derbyshire y fue a un lugar llamado La Cumbre, en parte por la descripción que de él había hecho Hobbes. Como estaba en los alrededores no podía dejar de ir a Buxton, y al momento mismo de llegar tuvo la suerte de encontrarse con un grupo de caballeros que desmontaban a la puerta de la hostería, entre ellos un hombre alto y delgado que resultó ser el Sr. Hobbes, venido probablemente a caballo desde Chatsworth. Al dar con una persona tan famosa, lo menos que podía hacer un turista en busca de lo pintoresco era presentarse en su calidad de majadero. Por suerte para él, dos de los compañeros de Hobbes recibieron aviso de partir con toda urgencia, de modo que durante el resto de su estancia en Buxton tuvo a Leviatán enteramente para sí y le cupo el honor de empinar el codo en su compañía varias noches. Parece que en un primer momento Hobbes se mostró muy reservado, pues no le gustaban los clérigos, pero esto pasó pronto, se volvió muy sociable y divertido y convinieron en ir juntos a los baños. Cómo pudo Tenison triscar en la misma agua con el Leviatán es algo que no alcanzo a explicarme; así sucedió, sin embargo, y aunque Hobbes fuese más viejo que Matusalén, se pusieron a retozar como dos delfines, y «en los ratos en que no nadaban ni saltaban» (para zambullirse) «conversaron de muchas cosas relativas a los baños de los Antiguos y al Origen de las Fuentes. Así pasaron una hora antes de salir del baño, y habiéndose secado y vestido se sentaron a esperar la cena que pudieran servirles en el lugar, con el propósito de refrescarse como los Deipnosophistae y más de seguir charlando que de beber mucho. Los interrumpió en sus inocentes intenciones el ruido de una pequeña disputa en la que durante un rato se enredaron algunos de los personajes más groseros que allí se hallaban. A esto el Sr. Hobbes se mostró muy preocupado, aunque se encontrase a cierta distancia de esas personas». ¿Y por qué se

preocupaba, señores? Sin duda, piensan ustedes, por amor dulce y desinteresado de la paz, digno de un anciano y un filósofo. Escuchemos: «Perdió la calma un buen rato y contó una o dos veces, como hablando consigo mismo en voz baja y en tono de recelo y hasta de ansiedad, la manera en que fue asesinado después de cenar Sexto Roscio, cerca de los Baños Palatinos. Esto recuerda el comentario de Cicerón sobre Epicuro el Ateo, cuando dice que, entre todos los hombres, era el que más temía lo que había despreciado: la muerte y los dioses.» ¡Tan sólo por ser hora de cenar y por hallarse cerca de los baños el Sr. Hobbes debía correr la suerte de Sexto Roscio! ¡Habían de asesinarlo porque Sexto Roscio fue asesinado! ¿Qué lógica hay en esto, como no sea para un hombre que siempre está soñando con el asesinato? Leviatán, que ya no tiene miedo de las dagas de los caballeros ingleses o del clero francés, se asusta «hasta perder la compostura» porque en una taberna de Derbyshire se pelean unos cuantos honrados destripaterrones a quienes su propia figura angulosa de espantapájaros, venida de otro siglo, hubiera vuelto locos de terror.

Les complacerá saber que Malebranche murió asesinado. El hombre que lo mató es muy conocido: el Obispo Berkeley. Todos saben la historia, aunque hasta ahora no se haya contado como es debido. Siendo muy joven Berkeley fue a París y visitó al Padre Malebranche. Lo encontró cocinando en su celda. Los cocineros siempre han sido *genus irritabile*; los autores aún más; Malebranche era ambas cosas; surgió una discusión; el viejo sacerdote, que ya tenía calor, se agitó mucho; las irritaciones culinarias y metafísicas se unieron para atacarle el hígado: cayó en cama y murió poco después. Tal es la versión más corriente de la historia y con ella «se engañan los oídos de toda Dinamarca». Lo cierto es que se calló lo sucedido, por consideración a Berkeley quien (observa Pope, con justicia) tenía «todas las virtudes que existen bajo el cielo». Berkeley, molesto ante la mala educación del viejo francés, se puso en guardia; siguió un breve combate en el que Malebranche fue a parar al suelo en el primer round; esto le bajó los humos y tal vez se hubiera rendido, pero a Berkeley se le había subido la sangre a la cabeza e insistió en que el viejo francés retractara su doctrina de las Causas Ocasiones. La vanidad del hombre era demasiado grande para que accediera a tal petición y fue sacrificado al ardor de la juventud irlandesa y a su propia terquedad absurda.

Como Leibniz era en todo superior a Malebranche, cabría suponer a fortiori que fue asesinado y sin embargo no es así. Creo que este descuido lo indignó y que se sintió insultado por la seguridad con que transcurrían sus días. De otra manera no me explico que, al final de su vida, decidiera volverse muy avaro y acumulara grandes cantidades de oro, que guardaba en su propia casa. Esto ocurría en Viena, donde murió, y aún se conservan cartas suyas en las que se describe la infinita ansiedad que le inspiraba el mantener intacta la

garganta. A pesar de ello, su ambición de ser por lo menos víctima de un atentado era tan grande que no evitaba el peligro. Un pedagogo inglés fabricado en Birmingham —el Dr. Parr— adoptó en idénticas circunstancias un método más egoísta. Había amontonado gran cantidad de objetos de oro y plata, que durante un tiempo guardó en el dormitorio de su casa, en Hatton. Pero como cada día le daba más miedo que lo asesinaran —lo cual, estaba seguro, no podría soportar, además de que nunca tuvo la menor pretensión en tal sentido— transfirió sus bienes a casa del herrero de Hatton, pensando seguramente que para la *salus rei-publicae* el asesinato de un herrero pesaría menos que el de un pedagogo. Sin embargo, sobre esto último se ha discutido mucho y ahora parece haber acuerdo general en que una herradura bien clavada vale por dos y un cuarto sermones del Hospital.

Leibniz no fue asesinado, pero cabe decir que murió en parte de miedo a que lo asesinaran y en parte de despecho porque no lo asesinaban; Kant, en cambio —que no manifestó ambición alguna a este respecto— se salvó más estrechamente de morir asesinado que cualquiera otra persona de quien tengamos noticia, con excepción de M, Descartes. ¡Tan absurda es la fortuna al repartir sus favores! Creo que la historia se cuenta en una biografía anónima de este gran hombre. En un tiempo, por razones de salud, Kant andaba unas seis millas diarias en el camino real. Esto llegó a oídos de alguien que tenía sus razones personales para cometer un asesinato y que se sentó en la tercera piedra miliar a partir de Könisberg a esperar a su «pretendido». Kant llegó a la hora exacta, puntual como un coche de correo. De no mediar un accidente era hombre muerto. El accidente estuvo en el carácter escrupuloso y, como diría la señora Quickley, quisquilloso de la moralidad del asesino. Un viejo profesor, se dijo, estará abrumado de pecados. No así un niño. Pensando en esto se alejó de Kant en el momento crítico y poco después dio muerte a una criatura de cinco años. Tal es al menos la versión alemana de los acontecimientos. Mi opinión es que el asesino era un aficionado que comprendió lo poco que ganaría la causa del buen gusto con el asesinato de un metafísico viejo, árido y adusto que no le daría ninguna oportunidad de lucimiento, puesto que no era posible que, una vez muerto, se pareciese más a una momia de lo que ya se parecía en vida.

Caballeros, he ido trazando la relación entre la filosofía y nuestro Arte hasta llegar, casi sin darme cuenta, a la época en que vivimos. No trataré de distinguirla de aquellas que la han precedido pues, a decir verdad, no tiene un carácter propio. Los siglos diecisiete y dieciocho, con lo que llevamos visto del siglo diecinueve, componen en conjunto la Edad Augusta del asesinato. La mejor obra del siglo diecisiete es, sin discusión alguna, el asesinato de Sir Edmundbury Godfrey, que apruebo por entero. Todo intento cabal de asesinato debe estar matizado en una u otra forma por la importantísima cualidad de misterio, y en este aspecto se trata de una obra excelente ya que el misterio

aún no se ha aclarado. Exhorto a la sociedad a que rechace toda pretensión de acusar de este crimen a los papistas pues con ello lo perjudicaría, así como los profesionales de limpiar cuadros han perjudicado algunos famosos Correggios, y hasta lo arruinaría por completo al trasladarlo a la clase espúrea de meros asesinatos políticos o de partido, que carecen en absoluto del animus asesino. La idea está desprovista de todo fundamento y surgió del puro fanatismo protestante. Sir Edmundbury no se había distinguido entre los magistrados de Londres por su severidad con los papistas ni por su favor a los fanáticos que deseaban aplicar las leyes penales contra ciertas personas; no había provocado contra sí la animosidad de ninguna secta religiosa. En cuanto a las huellas de velas de cera halladas en las ropas del cadáver cuando se le encontró en una zanja, y de las que entonces se dedujo que los sacerdotes asignados a la capilla de la reina papista habían participado en el crimen, se trata de simples artificios fraudulentos de aquellos que querían fijar las sospechas en los papistas, o bien toda la prueba —las manchas de cera y las causas de las manchas— fue una exageración o un invento del Obispo Burnet quien, como solía decir la duquesa de Portsmouth, era el gran maestro de cuentos y novelas del siglo diecisiete. Al mismo tiempo cabe observar que en el siglo de Sir Edmundbury el número de asesinatos no fue muy grande, al menos entre nuestros propios artistas, lo que tal vez pueda atribuirse a la falta de protectores ilustrados. Sint Maecenates, non deerunt, Flacee, Marones. Al consultar los Comentarios a las Listas de Defunciones de Grant (4ta. edición, Oxford 1665) encuentro que, de las 229.250 personas que murieron en Londres durante un lapso de veinte años en el siglo diecisiete, tan sólo ochenta y seis fueron asesinadas, o sea cuatro y tres décimas por año. Exigua cantidad, señores, sobre la cual fundar una academia; ciertamente, cuando la cantidad es tan reducida, tenemos derecho a esperar que la calidad sea de primera clase. Quizá lo fuera, pero soy de opinión que el mejor artista de este siglo no se iguala a los mejores del siglo siguiente. Por ejemplo, por más digno de elogio que sea el caso de Sir Edmundbury Godfrey (y nadie aprecia sus méritos mejor que yo) no admito que se le ponga a la altura del de la Sra. Ruscombe de Bristol, ni por la originalidad del diseño ni por la audacia y amplitud de la ejecución. El asesinato de esta buena señora se realizó a comienzos del reinado de Jorge III que, como ustedes saben, fuera tan propicio a todas las artes. La dama vivía en el College Green, acompañada por una sola sirvienta. Ninguna de las dos tiene título alguno a la atención de la Historia, como no sea el derivado del gran artista cuya creación paso a describir. Una hermosa mañana, cuando todo Bristol estaba de pie y en movimiento, los vecinos, movidos por ciertas sospechas, forzaron la puerta de la calle y encontraron a la Sra. Ruscombe asesinada en su dormitorio y a la sirvienta asesinada en la escalera; esto ocurrió al mediodía y no faltaba quien hubiese visto con vida tanto a la señora como a la criada menos de dos horas antes. Si mal no

recuerdo, el asesinato se cometió en 1764; así pues han pasado más de sesenta años y todavía el gran artista no ha sido descubierto. Las sospechas de la posteridad se han centrado en dos pretendientes, un panadero y un deshollinador. Pero la posteridad se equivoca; ningún artista inexperienced sería capaz de concebir una idea tan audaz como la de un asesinato al mediodía en el corazón de una gran ciudad. El autor de esta obra no fue, señores, un oscuro panadero ni un anónimo limpiador de chimeneas. Yo sé quién fue. (Movimiento general en el auditorio, que culmina en una ovación; el orador se sonroja y prosigue gravemente.) Por amor al cielo, señores, no me interpreten mal: no fui yo. No tengo la vanidad de creerme capaz de tal hazaña, pueden estar seguros de que exageran ustedes mi pobre talento; el caso de la Sra. Ruscombe fue muy superior a mis escasas habilidades. Si llegué a saber quien fue el artista es gracias a un famoso cirujano que asistió a su autopsia. Este caballero poseía un museo privado de su profesión, en una de cuyas esquinas podía verse el vaciado en yeso de un hombre de proporciones notablemente armoniosas.

«Eso» me dijo el cirujano, «es un vaciado en yeso del célebre bandido de Lancashire que durante un tiempo ocultó su oficio a los vecinos enfundando las patas de su caballo en medias de lana, con las que acallaba el ruido al pasar por el callejón empedrado que conducía al establo. Cuando lo ejecutaron por robo en descampado yo estudiaba con Cruickshank, y los rasgos del hombre eran de una finura tan extraordinaria que no escatimamos dinero ni esfuerzos para apoderarnos del cadáver lo antes posible. En connivencia con el ayudante del sheriff lo bajaron de la horca, antes de que pasara el tiempo prescrito, y lo pusieron en un coche de caballos, de modo que al llegar a manos de Cruickshank aún no había muerto.»

El Sr. \_\_\_\_\_, entonces joven estudiante, tuvo el

honor de darle el golpe de gracia, cumpliendo así la sentencia de la ley».

Esta curiosa anécdota, que parece implicar que todos los caballeros presentes en la sala de disección eran aficionados como nosotros, me impresionó mucho; en una ocasión se la conté a una señora de Lancashire, quien me dijo que ella misma había sido vecina del bandolero y recordaba muy bien dos circunstancias que permiten atribuirle el mérito del caso Ruscombe. Una era el hecho que en la época del asesinato estuvo ausente durante toda una quincena; la otra, que, muy poco después, el barrio en que vivía el bandido se vio inundado de dólares, y se sabe que la Sra. Ruscombe había acumulado dos mil de estas monedas. En fin, sea quien fuere el artista, el caso sigue siendo hasta hoy un monumento perdurable a su genio; tal fue la sensación de terror y poder que dejó la fuerte concepción manifestada en este asesinato que, según me enteré en 1810, hasta entonces no se habían vuelto a encontrar inquilinos para la casa de la Sra. Ruscombe.

Pero si bien hago el elogio del caso Ruscombiano, no debe suponerse que paso por alto los muchos otros ejemplos de extraordinario mérito repartidos a lo largo de este siglo. Claro está que no me pondré a defender casos como el de la Srta. Bland, el Capitán Donnellan o Sir Theophilus Boughton. ¡Abajo esos traficantes de veneno! ¿Por qué no mantienen la vieja y honrada manera de degollar, sin recurrir a esas innovaciones abominables venidas de Italia? A mi juicio estos casos de envenenamiento, comparados al estilo legítimo, no valen más que una figura de cera frente a una escultura o una copia litográfica junto a un magnífico Volpato. Pero aún dejándolos de lado, subsisten muchas excelentes obras de arte, ejecutadas en estilo muy puro, que nadie se avergonzaría de hacer suyas, como lo reconocen todos los conocedores de buena fe. Noten que digo: de buena fe, pues es preciso ser indulgente; no hay artista que se sienta seguro de haber convertido en realidad la propia concepción. A veces se presentan interrupciones molestas; la gente se niega a dejarse cortar la garganta con serenidad; hay quienes corren, quienes patean, quienes muerden, y mientras el retratista suele quejarse del excesivo aletargamiento de su modelo, en nuestra especialidad el problema del artista es, casi siempre, la demasiada animación. Al mismo tiempo, por más desagradable que sea para el artista, sin duda esta tendencia del asesinato a excitar e irritar al sujeto es para todo el mundo una de sus ventajas y no debemos pasarla por alto, pues favorece el desarrollo de talentos latentes. Jeremy Taylor observa con admiración los saltos increíbles que da la gente bajo la influencia del miedo. De ello tuvimos un ejemplo muy interesante en el reciente caso de los M'Kean, en que un muchacho saltó a una altura que no volverá a saltar hasta el último día de su vida. El pánico que acompaña a nuestros artistas ha permitido también, en ciertas ocasiones, desarrollar talentos brillantísimos para dar puñetazos y aún más, para toda clase de ejercicios gimnásticos —talentos que hasta entonces estaban sepultados o bien escondidos tras un tupido velo y que no conocían ni los poseedores ni sus amigos. Recuerdo una curiosa ilustración de este hecho en un incidente del cual tuve noticia en Alemania.

Cabalgando un día por los alrededores de Munich me encontré con un distinguido aficionado de nuestra sociedad cuyo nombre, por razones evidentes, he de callar. Este caballero me informó que, hartado de los placeres helados (a su juicio) de la simple contemplación, había viajado de Inglaterra al Continente con el propósito de practicar un poco en calidad de profesional. Sus intenciones lo hicieron dirigirse a Alemania, por suponer que la policía de esa parte de Europa sería más pesada y soñolienta que las demás. Hizo su debut como ejecutante en Mannheim y, sabiendo que yo era un colega aficionado, me contó con toda franqueza su primera aventura. «Frente a mi posada», comenzó diciendo, tenía su tienda un panadero, hombre un poco avaro que vivía enteramente solo. No sé si por la vasta extensión de su cara de

luna llena o por algún otro motivo, lo cierto es que se me "antojaba" y decidí iniciar mis prácticas en su garganta que, dicho sea de paso, llevaba siempre descubierta, de manera muy irritante para mis deseos. El panadero cerraba todos los días sus ventanas a las ocho en punto de la tarde. Una noche que lo vi ocupado en esto entré de un salto, cerré la puerta con llave y, dirigiéndome a él, le informé con la mayor urbanidad de mis propósitos, aconsejándole que no hiciera ninguna resistencia, lo cual sería desagradable para ambos. Mientras hablaba saqué mis instrumentos y me dispuse a operar. Ante tal espectáculo, el panadero, que al oír mi primer anuncio pareció atacado de catalepsia, se despertó presa de tremenda agitación. «No quiero ser asesinado» chilló. «¿Por qué habría de perder mi preciosa garganta?». «¿Por qué?» —le respondí—; «a falta de otra razón porque le echa usted alumbre al pan. Pero eso no tiene importancia; con o sin alumbre, no tengo la menor intención de dejarme arrastrar a una discusión al respecto: sepa usted que soy un virtuoso en el arte de asesinar, que deseo perfeccionarme en los detalles y que, enamorado de la vasta superficie de su garganta, estoy decidido a convertirme en cliente suyo». «No me diga». contestó: «Pues yo le daré a usted otra clase de cliente» y diciendo esto se puso en guardia como un experto boxeador. La sola idea de que boxeara me parecía ridícula. Ciertamente es que un panadero de Londres se distinguió en el ring y llegó a ganar fama con el nombre de Maestro de los Bollos, pero era un hombre joven y ágil, en tanto que ahora me encontraba ante un monstruoso colchón de plumas de cincuenta años, completamente fuera de forma. No obstante, a pesar de todo esto y de competir conmigo, un maestro del arte, se defendió con tal desesperación que muchas veces temí que se invirtieran los papeles y que yo, el aficionado, acabara asesinado por el pícaro panadero. ¡Qué situación! Todo espíritu sensible comprenderá mi ansiedad. Tan grave era el caso que durante los trece primeros asaltos el panadero tuvo clara ventaja. En el 14.º asalto me hinchó de un golpe el ojo derecho; a fin de cuentas creo que esto fue mi salvación pues sentí tanta cólera que en el siguiente asalto, y en cada uno de los que vinieron a continuación, derribé a mi adversario.

»19.º asalto. El panadero parecía cansado y acusaba el castigo. Sus hazañas geométricas de los cuatro últimos asaltos no mejoraban las cosas. Sin embargo detuvo con cierta habilidad un mensaje que enviaba yo a su cadavérica catadura; al entregar el mensaje resbalé y fui a dar al suelo.

»20.º asalto. Al observar al panadero sentí vergüenza de que tal masa informe de harina me hubiera dado tanto trabajo; ataqué con ferocidad y lo castigué duramente. Hubo un cuerpo a cuerpo —cayeron ambos— el panadero debajo —diez a tres en favor del aficionado.

»21.º asalto. El panadero dio un brinco de extraordinaria agilidad. Más aún, peleaba muy bien y con un magnífico juego de piernas, aunque estuviese

empapado en sudor, pero ya le había cortado el resuello y su valor era simple efecto del pánico. Era claro que no podía durar mucho. En este asalto apliqué el sistema de agazaparme para atacar, con gran ventaja, y logré asestarle golpes en la nariz. Tenía la nariz llena de forúnculos y pensé que le molestaría que me tomase libertades con ella, como en efecto hice.

»En los tres asaltos siguientes el maestro de los bollos se tambaleó como una vaca sobre hielo. Dándome cuenta de la situación, en el 24.º asalto le susurré al oído algo que le sentó como un tiro. Se trataba tan sólo de mi opinión personal sobre el valor que tendría su garganta en una agencia de seguros. Este pequeño susurro confidencial lo afectó mucho; hasta el sudor se le congeló en la cara y durante los próximos asaltos hice lo que me vino en gana. Al llamarlo para comenzar el asalto 27.º estaba tendido en el suelo como un tronco».

«Después de lo cual» dije al aficionado, «supongo que cumplió usted su propósito». —«Tiene usted razón» me respondió tranquilamente; «así fue; y me dio gran satisfacción el saber que con ello mataba dos pájaros de un tiro», con lo cual quería decir que había derrotado al panadero antes de asesinarlo. A pesar de mis esfuerzos no logré ver las cosas de esa manera; por el contrario, me pareció que le habían hecho falta dos piedras para matar un solo pájaro, pues primero tuvo que bajarle los humos con los puños y luego usar sus instrumentos. Pero su lógica no nos importa. La historia tiene interés porque demuestra cómo la simple posibilidad razonable de ser asesinado fomenta de manera asombrosa los talentos latentes. Un panadero de Mannheim, torpe, barrigón y medio cataléptico, luchó de igual a igual durante veintisiete asaltos con un excelente boxeador inglés, animado por esta única inspiración: hasta tal punto exalta y sublima el genio natural la presencia estimulante del asesino.

En verdad, caballeros, al oír estas historias se vuelve tal vez un deber el suavizar un poco el extremo rigor con que la mayoría de las gentes se refieren al asesinato. Cuando se les oye hablar se creería que ser asesinado tiene todas las desventajas e inconvenientes y que no las tiene el no ser asesinado. Los hombres más prudentes no lo creen así. «Sin duda» dice Jeremy Taylor, «caer víctima del filo de la espada es un mal temporal menor que morir de la violencia de una fiebre: y el hacha» (a la que habría podido añadir el mazo de carpintería y la barra de hierro) «aflige mucho menos que la estangurria». Muy cierto; el obispo, que seguramente era un aficionado, habla como un sabio; otro gran filósofo, Marco Aurelio, también se pone por encima de los prejuicios vulgares cuando dice que «una de las funciones más nobles de la razón consiste en saber si es o no tiempo de irse de este mundo». (Libro III). Como se trata del más raro de los conocimientos, es evidente que no hay persona más filantrópica que quien se esfuerza por instruir gratuitamente a los demás en esta rama de la ciencia, con riesgo considerable para sí mismo. Todo

esto lo digo a manera de especulación y pensando en futuros moralistas; por lo demás, reafirmo mi convicción personal de que muy pocos cometen asesinatos llevados por principios filantrópicos o patrióticos, y repito lo que ya he dicho al menos una vez: la mayoría de los asesinos son personajes muy incorrectos.

En lo que toca a los asesinatos de Williams, los más sublimes y de más entera excelencia que se hayan cometido nunca, no me permitiré tratarlos de manera superficial. Tan sólo una conferencia, o mejor aún una serie de conferencias, bastaría para exponer sus méritos. Mencionaré sin embargo un hecho curioso en relación con ellos pues, a mi juicio, parece indicar que el resplandor del genio de Williams deslumbró por completo a la justicia penal. Todos ustedes recuerdan seguramente que los instrumentos con que ejecutó su primera gran obra (el asesinato de los Marr) fueron un mazo de carpintería de ribera y un cuchillo. Ahora bien, el mazo pertenecía a un viejo sueco, de nombre John Peterson, y llevaba sus iniciales. Williams lo olvidó en casa de los Marr, con lo cual la herramienta cayó en manos de las autoridades. La publicación de este detalle de las iniciales tuvo por consecuencia inmediata la captura de Williams, y en caso de hacerse antes hubiera impedido su segunda gran obra (el asesinato de los Williamson) ejecutada doce días más tarde. Sin embargo los magistrados no lo comunicaron al público durante esos doce días, hasta que se creó la segunda obra. El anuncio se hizo sólo después del segundo asesinato, al parecer porque las autoridades estimaban que Williams ya había hecho lo suficiente por su fama y que su gloria se hallaba fuera del alcance de todo accidente.

En cuanto al caso del señor Thurtell, no sé qué decir.

Como es natural, me inclino a tener la mejor opinión de mi predecesor en la cátedra de esta sociedad y pienso que sus conferencias fueron intachables. No obstante, hablando con franqueza, creo honestamente que se ha exagerado mucho el valor de su principal composición artística. Ciertamente es que, en un primer momento, yo mismo me sentí arrastrado por el entusiasmo general. La mañana en que la noticia del asesinato llegó a Londres se celebró una reunión de aficionados como no se había visto desde la época de Williams; ancianos concedores que ya no se levantaban de la cama y no hacían sino quejarse, con aire de desprecio, de que «nunca pasaba nada», vinieron renqueando hasta el salón de nuestro club: pocas veces he sido testigo de tal hilaridad, de una expresión tan amable de satisfacción general. En todas partes se veía a gentes estrechándose las manos, felicitándose mutuamente y formando grupos para cenar esa noche, y no se oían sino interpelaciones triunfales: «¡Bueno! ¿Qué me dice usted?». «¿Le parece que esto vale la pena?». «¡Al fin estará usted satisfecho!». Pero recuerdo que, en medio del tumulto, todos callamos de pronto al oír al viejo y cínico aficionado L. S., quien avanzaba golpeando el suelo con su pata de palo. Al entrar a la sala tenía la expresión feroz de

costumbre y mientras llegaba a nosotros siguió gruñendo y mascullando: «Mero plagio, plagio descarado de mis sugerencias. De estilo áspero como Durero, vulgar como Fuseli». Muchos atribuyeron entonces su reacción a la envidia y al malhumor; confieso sin embargo que, pasado el primer momento de entusiasmo, he comprobado que los críticos más avisados convienen en que había algo de falsetto en el estilo de Thurtell. Como era miembro de nuestra sociedad no podíamos evitar cierta parcialidad en el juicio, y el aprecio que sentía por él la «afición» le dio entre el público londinense una momentánea popularidad que no fue capaz de justificar a pesar de sus pretensiones, ya que *opinionum commenta delet dies, naturae judicia, confirmat*. No obstante, existe un diseño inconcluso de Thurtell para asesinar a un hombre con un par de pesas de gimnasia que admiro sobremanera; se trata de un simple esbozo que nunca llevó a la práctica aunque, a mi parecer, aventaja con mucho a su obra más conocida. Algunos aficionados lamentaron grandemente que dicho proyecto quedara sin aplicación; en esto no puedo estar de acuerdo con ellos, pues a menudo los fragmentos y primeros esbozos trazados a grandes rasgos por artistas originales tienen un brillo que desaparece cuando es preciso ocuparse de los detalles.

Pienso que la obra de los M'Kean es muy superior a la aplaudida composición de Thurtell, y aún que está por encima de todo elogio; creo que guarda con las obras inmortales de Williams la misma relación que la Eneida tiene con la Ilíada.

Pero ya es tiempo que diga unas cuantas palabras sobre los principios del asesinato, no con objeto de reglamentar la práctica sino de esclarecer el juicio. Las viejas y la muchedumbre de lectores de periódicos se conforman con cualquier cosa siempre que sea lo bastante sangrienta: el hombre de sensibilidad exige algo más. Hablemos primero del tipo de persona que mejor se adapta al propósito del asesino; segundo, del lugar apropiado; tercero, del momento justo y otros pequeños detalles.

En cuanto a la persona, supongo que debe ser un buen hombre, pues de otro modo él mismo podría estar pensando en la posibilidad de cometer un asesinato; esos combates en que «diamante corta diamante» pueden resultar agradables mientras no se disponga de nada mejor, pero, a decir verdad, no son lo que un crítico se permite llamar asesinatos. Podría mencionar a ciertas personas (no voy a citar nombres) asesinadas en callejones oscuros; a esto no hay nada que objetar, pero mirando las cosas más de cerca el público se da cuenta que, al ocurrir los hechos, la víctima se proponía robar a su asesino — por lo menos— y aún matarlo si le alcanzaban las fuerzas. Cualquiera sea el caso —o cualquiera pueda suponerse que fue el caso— hay que despedirse de todo verdadero efecto artístico. La finalidad última del asesinato considerado como una de las bellas artes es, precisamente, la misma que Aristóteles asigna

a la tragedia, o sea «purificar el corazón mediante la compasión y el terror». Ahora bien, podrá haber terror, mas ¿qué compasión sentiremos por un tigre exterminado por otro tigre?

También es claro que la elección no debe recaer en un personaje público. Por ejemplo, ningún artista sensato habría intentado asesinar a Abraham Newland. Todo el mundo había leído tanto sobre Abraham Newland y tan pocos lo vieron nunca que la impresión más frecuente era que se trataba de una idea abstracta. Recuerdo que una vez me ocurrió decir que había cenado en un café con Abraham Newland y todos me miraron con expresión burlona, como si pretendiese jugar al billar con el Preste Juan o tener un asunto de honor con el Papa. Añadiré que también el Papa sería sujeto muy impropio para un asesinato, pues tiene tal ubicuidad virtual como Padre de la Cristiandad, y se le oye tanto sin que jamás se le vea (como al cuclillo) que, sospecho, también ha acabado por convertirse en una idea abstracta a ojos del común de las gentes. En cambio cuando un personaje público tiene por costumbre ofrecer cenas «con las más variadas frutas de la estación», el caso es muy distinto: todos están seguros de que no es una idea abstracta y, por lo tanto, no hay nada impropio en asesinarlo, aunque el asesinato de grandes personajes forma una clase especial que no he tratado.

Tercero. El sujeto elegido debe gozar de buena salud; es absolutamente bárbaro asesinar a una persona enferma, que por lo general no está en condiciones de soportarlo. Conforme a este principio, no ha de elegirse a ningún sastre mayor de veinticinco años, ya que pasada esta edad será sin duda dispéptico. O al menos, si hay quien se empeña en cazar en ese coto, estará obligado, según la antigua ecuación, a asesinar a gente que cuente sus años por múltiplos de nueve, digamos 18, 27 ó 36. En esta fina atención nuestra por el bienestar de los enfermos observarán ustedes el efecto, común a las bellas artes, de suavizar y refinar los sentimientos. Por lo general, señores, el mundo es muy sanguinario y todo lo que se exige del asesinato es una copiosa efusión de sangre; el despliegue ostentoso a este respecto basta para satisfacer a la mayoría. El conoedor advertido tiene gustos más refinados y nuestro arte, como todas las demás artes liberales bien asimiladas, humaniza el corazón; tan cierto es que «Ingenuas didicisse fideliter artes Emollit mores, nec sinit esse feros».

Un amigo de aficiones filosóficas, muy conocido por su bondad y filantropía, sugiere que el sujeto elegido debe tener también hijos pequeños que dependan enteramente de su trabajo, para ahondar así el patetismo. Sin duda tal precaución sería juiciosa, pero no es una condición en la que yo insistiría demasiado. No niego que el gusto más estricto la requiera, mas, a pesar de ello, si el hombre es inobjetable en cuanto a moral y buena salud, no impondría con tan exquisito rigor una limitación que puede tener por

consecuencia reducir el campo de acción del artista.

Esto en lo que se refiere a la persona. En cuanto al momento, el lugar y los instrumentos, tendría mucho que añadir pero no dispongo de tiempo suficiente. El sentido común del ejecutante suele orientarlo hacia la noche y la discreción. Sin embargo no faltan ejemplos en que se ha violado esta norma con resultados muy felices. El caso de la Sra. Ruscombe, por lo que toca al momento elegido, constituye una hermosa excepción que ya he mencionado y, tanto en cuanto al momento como en cuanto al lugar, encontramos también una excepción magnífica en los anales de Edimburgo (año 1805) que los niños de esa ciudad se saben de memoria pero que, por razones inexplicables, no ha logrado entre los aficionados ingleses la fama que en justicia le correspondía. Hablo del caso del portero de uno de los bancos, asesinado en pleno día mientras llevaba una bolsa de dinero y al doblar la esquina de High Street, una de las calles más frecuentadas de Europa; el asesino no ha sido hallado hasta hoy.

«Sed fugit interea, fugit irreparabile tempus Singula dum capti circumvectamur amore».

Ahora señores, para terminar, permítanme renunciar otra vez solemnemente a toda pretensión por mi parte a considerarme un profesional. En mi vida he intentado asesinar a nadie, salvo en 1801, a un gato —y ese episodio acabó de manera muy distinta a mis intenciones. Mi propósito, lo admito lisa y llanamente, era el asesinato. «¿Semper ego auditor tantum?» me dije, «¿nunquamne reponam?». Y a la una de la mañana, una noche oscurísima, bajé en busca del gato Tom, con el «animus» y sin duda con el aspecto feroz de un asesino. Lo encontré dedicado a saquear el pan y otros alimentos de la despensa. Con esto cambió por completo el asunto; como eran tiempos de gran escasez, en que hasta los cristianos, a falta de nada mejor, tenían que comer pan de patatas, pan de arroz y toda clase de cosas, un gato que malgastara un buen pan de trigo se hacía culpable de la más negra traición. En un abrir y cerrar de ojos su ejecución se convirtió en un deber patriótico y, mientras levantaba y blandía en el aire el fúlgido acero, sentí que, como Bruto, me erguía deslumbrante en medio de la hueste de patricios, y al herir «Pronuncié en voz alta el nombre de Tulio Y grité "¡Salud!" al padre de la patria».

Desde entonces toda vaga idea que pueda haber tenido de atentar contra la vida de un anciano carnero, una vetusta gallina y otro «ganado menor» ha quedado encerrada bajo llave en los secretos de mi propio corazón, y me confieso enteramente incapaz de abordar las esferas superiores del arte. Mi ambición no llega tan alto. No señores: para decirlo con las palabras de Horacio:

«Fungar vice cotis, acutum Reddere quae ferrum valet, exsors ipsa secandi».

\*\*\*\*

## Segundo artículo

Hace muchos años, tal vez lo recuerde el lector, me presenté en mi calidad de dilettante del asesinato. Quizá dilettante sea una palabra demasiado fuerte. Conocedor se ajusta más cabalmente a los escrúpulos y flaquezas del gusto público. Espero que esto, al menos, no tenga nada de malo. Nadie está obligado a meterse los ojos, oídos e inteligencia al bolsillo de los pantalones cuando se encuentra con un asesinato. Supongo que, de no hallarse en estado comatoso, cualquiera puede darse cuenta si, en lo que toca al buen gusto, un asesinato es mejor o peor que otro. Los asesinatos tienen sus pequeñas diferencias y matices de mérito, al igual que las estatuas, cuadros, oratorios, camafeos, grabados, etc. Enójense ustedes si un hombre habla demasiado o demasiado públicamente (niego lo primero: no cabe un exceso en el cultivo del buen gusto) pero en todo caso permítanle que piense. ¿Lo creerán ustedes? Todos mis vecinos se enteraron del pequeño ensayo de estética que publiqué y, por desgracia, tuvieron noticia del club al que pertenecía y de la cena que presidí —ambas cosas destinadas, al igual que el ensayo, al modesto propósito de difundir el buen gusto entre los súbditos de Su Majestad— y no tardaron en levantar contra mí las más bárbaras calumnias. Afirmaban en particular que yo o el club (lo cual viene a ser lo mismo) ofrecíamos recompensas por los homicidios bien ejecutados, con una escala de descuento por cualquier falla o defecto, según tabla comunicada a nuestros amigos personales. Permítanme ahora contarles toda la verdad acerca de la cena y del club y verán lo malicioso que es el mundo. Pero antes les diré, en confianza, cuáles son mis verdaderos principios sobre la cuestión.

En mi vida he cometido un asesinato. Esto lo saben muy bien todos mis amigos. Para certificarlo podría presentar un documento con muchísimas firmas. Ya que estamos en eso, dudo que muchas personas puedan presentar un certificado tan bueno. El mío sería del tamaño del mantel para el desayuno. Cierto es que un miembro del club pretende haberme sorprendido una noche tomándome libertades con su garganta cuando los demás se habían retirado. Observen, sin embargo, que la historia cambia según lo que haya bebido. Si no ha bebido mucho se limita a decir que lanzaba miradas ansiosas a su garganta, que luego tuve un aire melancólico durante varias semanas y que el oído fino del conocedor distinguía en mi voz el sentido de las ocasiones perdidas; pero

todo el club sabe que también él ha sufrido decepciones, y que a veces le tiembla la voz cuando afirma que viajar al extranjero sin llevar los instrumentos es un descuido fatal. Por lo demás nadie ignora las muchas asperezas y exageraciones de un pleito entre aficionados. «Aunque no sea usted un asesino» me dirán ustedes, «por lo menos habrá fomentado y hasta ordenado un asesinato». No: palabra de honor que no. Esto es justamente lo que me importa dejar en claro. La pura verdad es que en todo lo relativo al asesinato soy muy exigente, y que tal vez llevo mi delicadeza demasiado lejos. El Estagirita, con toda justicia y pensando seguramente en un caso como el mío, ponía la virtud en el to meson, o sea entre los extremos. Todos hemos de aspirar, sin duda, al justo medio. Pero ya se sabe lo que va del dicho al hecho, y como mi flaqueza más notoria es una excesiva dulzura de corazón, me resulta difícil mantenerme en la invariable línea ecuatorial que pasa entre los polos del exceso de asesinato, de una parte, y la escasez de otra. Soy demasiado tierno y por culpa mía escapa gente —y hasta se pasa la vida sin un solo atentado— que no debiera escapar. Creo que si de mí dependiese apenas tendríamos algún asesinato de año en año. Estoy en favor de la paz y la tranquilidad, de la más rendida cortesía y del ceder en todo. En una ocasión tuve que recibir a un candidato al puesto de criado que estaba vacante en mi casa. El hombre tenía fama de haber practicado un poco nuestro arte, a juicio de algunos no sin cierto mérito. Para mi sorpresa, daba por sentado que la práctica del arte se contaría entre sus labores ordinarias a mi servicio y habló de tenerlo en cuenta en el salario. Esto no lo podía permitir y respondí en el acto: «Richard (o James, según fuera el caso) se equivoca usted en cuanto a mi carácter. Si alguien quiere y debe ejercer esta difícil (y, permítame añadir, peligrosa) rama del arte —si lo impulsa a ello un genio avasallador— diré solamente que lo mismo da que prosiga sus estudios hallándose a mi servicio que al de otra persona. A lo sumo le haré notar que la orientación de una persona de gusto superior al suyo no ha de perjudicarlo a él ni al sujeto de sus trabajos. Mucho puede el genio, pero el prolongado estudio del arte otorga siempre el derecho a ofrecer un consejo. Hasta aquí puedo llegar: me atrevo a sugerir principios generales. Pero, en lo que respecta a los casos particulares, le advierto de una vez por todas que no quiero saber nada. No me hable nunca de una determinada obra de arte que esté meditando: me opongo a ello in toto. Si uno empieza por permitirse un asesinato, pronto no le da importancia a robar, del robo pasa a la bebida y a la inobservancia del día del Señor, y se acaba por faltar a la buena educación y por dejar las cosas para el día siguiente. Una vez que empieza uno a deslizarse cuesta abajo ya no sabe dónde podrá detenerse. La ruina de muchos comenzó con un pequeño asesinato al que no dieron importancia en su momento. Principiis obsta: tal es mi norma». Esto fue lo que dije, ésta fue siempre mi manera de actuar y si esto no es ser virtuoso me gustaría saber lo que es.

Llego ahora a la cena y al club. En realidad el club no fue creación mía; al igual que muchas otras asociaciones semejantes para la propagación de la verdad y la comunicación de nuevas ideas, surgió más de las necesidades de la época que de la sugerencia de una sola persona. En cuanto a la cena, si hubo un miembro más responsable de ella que ningún otro, fue el que conocíamos por Sa-po-en-el-pozo. Se le llamaba así a causa de su disposición sombría y melancólica, que lo movía a calificar todos los asesinatos modernos de viciosos engendros que no pertenecen a ninguna verdadera escuela de arte. Gruñía cínicamente ante las más espléndidas producciones de nuestra época, y su humor quejumbroso acabó por dominarlo hasta tal punto que se convirtió en un notorio laudator temporis acti, cuya compañía procuraban evitar casi todos. Esto lo volvió aún más feroz y truculento. Rezongaba sin cesar, mascullando entre dientes, y siempre lo veíamos perdido en el mismo soliloquio, diciendo para sí: «Charlatán despreciable —ninguna composición — ni un mal par de ideas sobre la ejecución —ni una sola—» y así hasta perderse de vista. La existencia llegó a parecerle una carga; hablaba muy poco; parecía conversar con los fantasmas del aire; su ama de llaves me dijo que todas sus lecturas se limitaban a la «Venganza de Dios por el Asesinato» de Reynolds y al libro más antiguo de igual título que menciona Sir Walter Scott en su «Fortunas de Nigel». A veces leía el «Calendario de Newgate» hasta el año 1788 pero no se dignaba mirar los tomos más recientes. Aún más, según una teoría suya, la Revolución Francesa era la causa principal de la degeneración del asesinato. «Dentro de poco, muy señor mío» solía decir, «se habrá perdido hasta el arte de matar gallinas; desaparecerán hasta los más toscos rudimentos del arte». El año 1811 se retiró de toda sociedad. Nadie volvió a ver a Sapo-en-el-pozo en público. Lo echamos de menos en los lugares que frecuentaba pero «no se le halló en pradera ni en bosque». A la ribera del albañal se acostaba al mediodía a meditar en el cieno que pasaba. «Ya ni los perros son lo que eran, señor, ni lo que deberían ser» decía el moralista meditabundo. «Recuerdo que en tiempos de mi abuelo algunos perros tenían idea del asesinato. Conocí a un mastín que tendió una emboscada a su rival: sí señor, y lo asesinó con detalles agradables y de buen gusto. Tuve también cordial relación con un gato que era un asesino. Ahora en cambio» — y como el tema se le volvía demasiado doloroso se llevaba la mano a la frente y se alejaba sin decir más, en dirección a su casa y en busca de su albañal preferido, donde un aficionado lo vio en tal estado que creyó peligroso dirigirle la palabra. Poco después se encerró por completo; lo suponíamos entregado a la melancolía y, al cabo, todos terminamos por creer que Sa-po-en-el-pozo se había ahorcado.

En eso, como en otras cosas, el mundo se equivocaba. Sapo-en-el-pozo podía dormir pero no había muerto y pronto lo comprobamos con nuestros propios ojos. Una mañana de 1812 un aficionado nos sorprendió con la noticia

de que había visto a Sapo-en-el-pozo caminando a paso ligero en medio del rocío matutino para ir al encuentro del cartero al borde del albañal. Ya esto era una novedad, y todavía mucho más enterarse de que se había afeitado la barba y, abandonando sus ropas de colores tan tristes, se había engalanado como un novio de los viejos tiempos. ¿Qué significaba todo esto? ¿Se había vuelto loco Sapo-en-el-pozo? Pronto se reveló el secreto y —no sólo en sentido figurado— se «descubrió el crimen». En efecto, un rato después recibimos los periódicos londinenses de la mañana, en los que se anunciaba que, sólo tres días antes, se había cometido en pleno corazón de Londres el más soberbio asesinato del siglo. Casi no es preciso añadir que se trataba del gran chef-d'oeuvre de exterminio compuesto por Williams en casa del Sr. Marr, Ratcliffe Highway N.º 29. Ese fue el debut del artista, o al menos el que conoce el público. Lo que sucedió en casa del Sr. Williamson doce noches más tarde —la segunda obra del mismo cincel— fue, a juicio de algunos, todavía superior. Pero Sapo-en-el-pozo se oponía siempre a tales comparaciones y hasta montaba en cólera: «Este vulgar goût de comparaison, como lo llama La Bruyère», señalaba a menudo, «acabará por perdernos; cada obra tiene sus características propias: cada una es, en sí misma, incomparable. Una recuerda, tal vez la Ilíada y otra la Odisea: ¿qué se gana con tales comparaciones? Ninguna ha sido ni será superada y tras discutir horas enteras se vuelve siempre a lo mismo». No obstante, por más vana que sea la crítica, afirmó muchas veces que podría escribirse todo un libro sobre cada uno de los casos; él mismo se proponía publicar un volumen in quarto acerca del tema.

Entretanto ¿cómo logró Sapo-en-el-pozo enterarse de la gran obra de arte a horas tan tempranas de la mañana? Había recibido un mensaje urgente, despachado por un corresponsal de Londres que observaba en su nombre los progresos del arte, con encargo de mandarle en pliego especial, sin reparar en gastos, noticia de toda obra digna de estima que apareciese. La carta expresa llegó por la noche. Sapo-en-el-pozo ya se había acostado, después de mascullar y gruñir durante varias horas pero, como es de suponer, lo despertaron inmediatamente. Al leer el mensaje le echó los brazos al cuello al cartero, llamándolo su hermano y salvador y lamentando que no estuviese en su poder armarlo caballero en el acto. Nosotros los aficionados, al enterarnos que había salido a la calle y por lo tanto no se había ahorcado, tuvimos la certeza de que lo veríamos muy pronto. En efecto, vino poco después; estrechó la mano a todos, agitándola frenéticamente y repitiendo: «Bueno, bueno, esto ya parece un asesinato —esto es la verdad— algo auténtico —algo que se puede aprobar, recomendar a un amigo— lo dirán todos si lo piensan bien —es como debe ser. Estas son las obras que nos quitan a todos años de encima». Y en realidad el parecer general es que Sapo-en-el-pozo se habría muerto sin esta regeneración del arte que él llamaba una segunda época de León Décimo; nuestro deber, añadió con la mayor solemnidad, era conmemorarla. Por ahora,

y en attendant, proponía que el club se reuniese y los miembros cenasen juntos. Así pues, se ofreció una cena en el club, a la cual se invitó a todos los aficionados que vivían a cien millas a la redonda.

En los archivos del club se conservan amplias notas taquigráficas de la cena, aunque no son completas, y el único taquígrafo que podría darnos un informe in extenso ha muerto, creo que asesinado. Años más tarde, en una ocasión igualmente interesante, la aparición de los Thugs y el Thugismo, se ofreció otra cena. En ella yo mismo tomé notas, por temor que le ocurriera un nuevo accidente al taquígrafo. Aquí las presento al público.

Debo mencionar que Sapo-en-el-pozo se hallaba presente en la reunión y hasta constituía uno de sus aspectos sentimentales. Si ya en la cena de 1812 era tan viejo como los valles, en la de 1838 —dedicada a los Thugs— era tan viejo como las montañas. Había vuelto a usar barba, no sé por qué ni con qué intención, pero así era. Su apariencia no podía ser más benigna y venerable. Nada iguala al resplandor angélico que iluminó su sonrisa al preguntar por el desgraciado taquígrafo (que, según el rumor, él mismo asesinara en un rapto de arte creativo). El subjefe de policía del condado le respondió, en medio de estruendosas carcajadas: «Non est inventus». A esto Sapo-en-el-pozo se echó a reír fuera de toda medida, hasta que llegamos a creer que se ahogaba; y ante la insistente petición de los comensales, un músico compuso en el acto una hermosísima melodía que se cantó cinco veces después de cenar, entre aplausos universales y risas inextinguibles, con la siguiente letra (el coro logró imitar muy bellamente la risa propia de Sapo-en-el-pozo).:

«Et interrogatum est a Sapo-en-el-pozo:

Ubi est ille taquígrafo? Et responsum est cum cachinno: Non est inventus.»

Coro

«Deinde iteratum est ab ómnibus, cum cachinnatione undulante, trepidante: Non est inventus.»

Tengo que añadir que unos nueve años antes, al enterarse antes que nadie, por carta expresa recibida de Edimburgo, de la revolución que cumplieron Burke y Hare en el arte, Sapo-en-el-pozo se volvió loco y, en vez de conceder al cartero una pensión vitalicia o de armarlo caballero, trató de practicar en él los métodos de Burke y hubo que ponerle una camisa de fuerza. Esta fue la razón por la que entonces no celebramos una cena. Ahora, en cambio, todos estábamos vivos y coleando, con o sin camisas de fuerza; no faltaba uno solo de toda la lista. Se hallaban presentes asimismo muchos aficionados extranjeros. Terminada la cena y levantando el mantel todos pidieron que se cantara otra vez el Non est inventus, pero como esto hubiera sido contrario a la gravedad requerida a los comensales durante los primeros brindis, me negué a

ello. Tras los brindis patrióticos el primer brindis oficial fue por El Viejo de la Montaña, y lo bebimos en solemne silencio.

Sapo-en-el-pozo agradeció en un elegante discurso. Se comparó al Viejo de la Montaña en unas pocas y breves alusiones que nos hicieron reventar de risa, y al terminar brindó por:

Por el señor von Hammer, con nuestro agradecimiento por su erudita Historia del Viejo y sus vasallos los Asesinos.

A esto me puse de pie y dije que sin duda la mayoría de los comensales tenían presente el lugar tan distinguido que asignaban los orientistas al ilustre erudito en cuestiones turcas, von Hammer el austríaco, quien había hecho las más profundas investigaciones sobre nuestro arte en relación con esos artistas tempranos y eminentes, los asesinos sirios de la época de las Cruzadas, y que su obra se había guardado durante muchos años, como un raro tesoro artístico, en la biblioteca del club. Aún el nombre del autor, señores, lo anuncia como historiador de nuestro arte: von Hammer.

—«Sí, sí» —me interrumpió Sapo-en-el-pozo— «von Hammer es el hombre para un malleus hereticorum. Todos sabemos la consideración que sentía Williams por el martillo o mazo de carpintería, que viene a ser lo mismo. Caballeros, brindo por otro gran mazo, Carlos el Martillo, el Marteau o, en francés antiguo, el Martel, que machacó a los sarracenos hasta dejarlos secos».

«Por Carlos el Martillo, con todos los honores».

La explosión de Sapo-en-el-pozo, junto con los ruidosos vítores por el abuelito de Carlomagno hicieron que los asistentes se volviesen ingobernables. Todos exigieron a la orquesta, con los gritos más violentos, que tocara otra vez la melodía. En previsión de una noche tempestuosa me asigné un refuerzo de tres camareros a cada lado y ordené que otros tantos rodearan al vicepresidente. Empezaban a advertirse síntomas de un entusiasmo desbordado y reconozco que yo mismo me sentí muy excitado cuando la orquesta comenzó su tormenta de música y se escuchó nuevamente el canto apasionado: «Et interrogatum est a Sapo-en-el-pozo: Ubi est ille taquígrafo?». El éxtasis de la pasión se volvió absolutamente convulsivo cuando entró todo el coro: «Et iteratum est ab ómnibus: Non est inventus».

El brindis siguiente fue por los sicarios judíos.

A lo cual ofrecí a los asistentes una somera explicación: «Señores estoy seguro de que a todos ustedes les interesará saber que, aunque muy antiguos, los Asesinos tuvieron una estirpe de antecesores en el mismo país. Durante los primeros años del emperador Nerón, hubo en Siria, y sobre todo en Palestina, una banda de asesinos que llevó a cabo sus estudios de manera muy original.

En efecto, no ejercían durante la noche ni en lugares solitarios sino que, considerando con toda justicia que las grandes multitudes son en sí mismas una especie de oscuridad, a causa de la presión tan densa que hace imposible saber quién dio el golpe, se mezclaban en todas partes con las multitudes, sobre todo al llegar la gran fiesta de Pascua en Jerusalén, ocasión en la que, asegura Josefo, tuvieron la audacia de llegar hasta el templo y ¿a quién habrían de elegir para sus operaciones sino al propio Jonatán, Pontifex Maximus? Lo asesinaron, señores, y tan hermosamente como si lo hubieran encontrado solo en un callejón oscuro una noche sin luna. Cuando se preguntó quién era el asesino y dónde se hallaba...».

«Respondieron», me interrumpió Sapo-en-el-pozo, «Non est inventus». Y a pesar de todo lo que pude hacer o decir, la orquesta tocó otra vez y todos cantaron: «Et interrogatum est a Sapo-en-el-pozo: Ubi est ille Sicarius? Et responsum est ab ómnibus: Non est inventus».

Esperé que callara el coro borrascoso y volví a empezar: «Señores, encontrarán ustedes una crónica muy detallada de los sicarios por lo menos en tres partes distintas de Josefo: una vez en el libro XX, sec. V, cap. VIII de sus Antigüedades, una vez en el Libro I de sus Guerras y sobre todo en la sec. X del capítulo citado en primer lugar, en que puede leerse una descripción minuciosa de sus instrumentos. En esta página dice así: "Empleaban cimitarras pequeñas, no muy diferentes de las acinacae persas, aunque más curvas y muy semejantes a las sicacae romanas que tienen forma de media luna". Señores, la continuación de la historia es perfectamente magnífica. Tal vez el único caso de que se tenga memoria en que se congregó un ejército de asesinos, un justus exercitus, fue el de los sicarios. Tanta fuerza llegaron a tener en los montes que el propio Festo se vio obligado a marchar contra ellos a la cabeza de sus legionarios romanos. Se libró una batalla campal y el ejército de aficionados quedó destrozado en medio del desierto. "¡Cielos, caballeros, qué cuadro tan sublime! ¡Las legiones romanas —el desierto— Jerusalén en lontananza —un ejército de asesinos en primer plano!"».

A continuación se brindó: «Por el continuo progreso de la Instrumentación, agradeciendo al Comité por los servicios prestados».

Dio las gracias el señor L., en nombre del Comité que había presentado un informe sobre el tema. Acto seguido hizo un interesante resumen del informe, en que se demostraba la gran importancia que en otro tiempo dieran a los instrumentos los padres de la Iglesia, tanto griegos como latinos. Confirmó este hecho tan grato con una curiosa exposición sobre la obra más temprana del arte antediluviano. El padre Mersenne, erudito católico francés, afirma en la página mil cuatrocientos treinta y uno de su trabajoso comentario al Génesis, apoyándose en la autoridad de varios rabinos, que la causa de la pelea entre Caín y Abel fue una muchacha; que, conforme a diversas versiones, Caín

se valió de sus dientes (*Abelem fuisse morsibus dilaceratum a Cain*); y, con arreglo a otras muchas, de una quijada de burro, instrumento que prefieren la mayoría de los pintores. Todo espíritu sensible se sentirá complacido al saber que, a medida que adelantó la ciencia, se adoptaron puntos de vista más sólidos. Un autor se inclina por una horquilla, San Crisóstomo por una espada, Ireneo por una guadaña y Prudencio, poeta cristiano del siglo cuarto, por una podadera de setos. Este último autor opina que:

«*Frater, probatae sanctitatis aemulus, Germana curvo colla frangit sarculo*», es decir que su hermano, celoso de su comprobada santidad, lo degüella con una podadera curva. «Todo lo cual presenta a ustedes respetuosamente el Comité, no porque resuelva el problema (que no lo resuelve) sino para dejar grabada en las mentes juveniles la importancia que asignaban a los instrumentos hombres como Crisóstomo o Ireneo».

«¡Al demonio con Ireneo!», exclamó Sapo-en-el-pozo poniéndose de pie para pronunciar el siguiente brindis: «Por nuestros amigos irlandeses; deseándoles una pronta revolución en los instrumentos que usan, así como en todo lo que se refiere a nuestro arte».

«Caballeros, voy a decirles la pura verdad. Todos los días del año comenzamos a leer en el periódico la crónica de un asesinato. Nos decimos: ¡Esto parece muy bien, es encantador, excelente! Pero ¡atención! apenas seguimos leyendo cuando la palabra Tipperary o Ballina revela la manufactura irlandesa. No hace falta para que lo encontremos detestable; llamamos al camarero y le ordenamos: "Camarero, llévese usted este periódico, échelo fuera: es un verdadero escándalo para las narices de buen gusto". Pónganse la mano en el pecho y díganme si, al descubrir que un asesinato (que, por lo menos, tenía un aspecto prometedor) es irlandés, no se sienten insultados como si hubieran pedido Madera y les sirvieran vino del Cabo, o como si al inclinarse a recoger un hongo comestible arrancaran una seta venenosa. No sé si son los diezmos o la política pero hay un principio nefasto que empaña los asesinatos irlandeses. Urge proceder a una reforma, o ya no se podrá vivir en Irlanda, o de seguir viviendo en ella tendremos que importar nuestros asesinatos». Sapo-en-el-pozo volvió a sentarse, gruñendo de cólera contenida, y los asistentes le manifestaron estruendosamente su acuerdo con una ovación clamorosa.

El próximo brindis: «¡Por la época sublime del Burkismo y el Harismo!».

Bebimos con entusiasmo y un miembro que pidió la palabra sobre el tema nos hizo una curiosa comunicación: Señores, creemos que el Burkismo es una pura invención de nuestro tiempo y, en efecto, no hay un Panciroli que enumere esta rama del arte al tratar de rebus deperditis. No obstante, he comprobado que los antiguos conocían esta práctica aunque, al igual que la

pintura sobre vidrio y la fabricación de copas de mirra, se perdió por falta de aliento durante los siglos oscuros. En la famosa colección de epigramas griegos compilada por Planudes se lee una historia fascinante de Burkismo: una pequeña joya del arte. No tengo a la mano el epigrama pero citaré el resumen que de él hace Salmasio en sus notas a Vopisco: "Est et elegans epigramma Lucilii, ubi medicus et pollinctor de compacto sic egerunt ut medicus aegros omnes curae suae commissos occideret". Esta es la base del contrato: de una parte el doctor, por sí y sus cesionarios, se compromete y contrata debidamente a asesinar a todos los pacientes que se sometan a sus cuidados. ¿Por qué? En esto radica la belleza del caso: «Et ut pollinctori amico suo traderet polligendos». El pollinctor, como ustedes saben, era la persona encargada de vestir y preparar a los muertos antes del entierro. En última instancia la transacción parece deberse a razones sentimentales. «Era mi amigo» dice el médico asesino, «yo lo quería mucho» (hablando del pollinctor). Pero la ley, señores, es dura e inflexible; la ley no atiende a motivos tan tiernos; para que en derecho subsista un contrato es preciso aducir una «compensación». ¿Cuál era esta compensación? Pues hasta ahora todo cae del lado del pollinctor: se le pagará muy bien por sus servicios mientras que el noble, el generoso doctor no recibe nada. ¿Cuál era, me pregunto, el equivalente que debía percibir el médico, con arreglo a la ley, a fin de establecer esa «compensación» sin la cual el contrato no es válido? Ahora lo sabrán ustedes: «Et ut pollinctor vicissim telamwnaz quos furabatar de pollinctione mortuorum medico mitteret donis ad alliganda vulnera eorum quos curabat»; es decir que, de manera recíproca, el pollinctor debía obsequiar al médico (a quien servirían de vendas para sus pacientes) los cinturones y fajas (telamwnaz) que en el ejercicio de sus funciones lograra robar a los cadáveres.

«Ahora se aclaran las cosas: todo obedecía a un principio de reciprocidad que bien pudo mantener el trato para siempre. El médico era un cirujano: no podía asesinar a todos sus pacientes; algunos había de conservar intactos y para ellos quería vendas de lino. Por desgracia, los romanos usaban ropas de lana, razón por la cual se bañaban con tanta frecuencia. En Roma se podían conseguir telas de lino pero monstruosamente caras, y las telamwnez o fajas de lino con que la superstición mandaba vendar los cadáveres iban de maravilla al cirujano. Así pues, el doctor se compromete por contrato a proporcionar a su amigo una ininterrumpida sucesión de cadáveres a condición, esto ha de quedar muy en claro, que el dicho amigo, a su vez, le proporcione la mitad de los artículos que le entreguen los deudos de las partes asesinadas o por asesinar. El doctor recomendaba invariablemente a su inestimable amigo el pollinctor (a quien podemos llamar el enterrador); el enterrador, con igual respeto por los sagrados derechos de la amistad, recomendaba siempre al médico. Eran, como Píldes y Orestes, modelos de

amistad perfecta; fueron amabilísimos en vida; esperamos que no los separasen en el patíbulo».

«Señores, me río horriblemente cuando pienso en los dos amigos girando y contragirando entre sí: "Pollinctor, en cuenta con el Doctor, deudor por dieciséis cadáveres: acreedor por cuarenta y cinco vendas, dos de ellas estropeadas". Por desgracia sus nombres se han perdido pero supongo que eran Quinto Burke y Publio Hare. Y ya que hablamos de esto, señores: ¿se ha sabido algo de Hare últimamente? Creo que está cómodamente instalado en Irlanda, muy al oeste, y que trabaja un poco de vez en cuando aunque, como suele decir con un suspiro, sólo al por menor: ya se acabó el floreciente comercio mayorista que con tanto descuido se arruinó en Edimburgo. "Ya ve usted el resultado de abandonar los negocios" es la principal moraleja, la epimujion, como diría Esopo, que Hare deduce de su experiencia».

Llegamos, por fin, al brindis del día: «Por el Thugerío en todas sus ramas.»

Los discursos intentados en esta crisis de la cena escapan a toda cuenta. El aplauso fue tan furioso, la música tan tormentosa y tan incesante el ruido de copas rotas, debido a la decisión unánime de no beber dos veces en la misma copa, que no acierto a contar lo que sucedió. Además Sapo-en-el-pozo se volvió absolutamente inaguantable: se puso a disparar pistolas en todas las direcciones, mandó a su criado a buscar un trabuco y hablaba de cargar con bala. Pensamos que su vieja enfermedad se había apoderado de él al oír hablar de Burke y Hare o que, otra vez cansado de la vida, había resuelto morir en medio de una matanza general. No estábamos dispuestos a permitir esto último y por lo tanto nos vimos forzados a echarlo a puntapiés, lo cual se hizo con universal aprobación: todos los comensales participaron en la empresa, uno pede por así decirlo, aunque sintiéndolo mucho por sus canas y su sonrisa angelical. Durante la operación la orquesta tocó nuevamente el coro. Todos cantamos y (fue lo que más nos sorprendió). Sapo-en-el-pozo se unió a nosotros para cantar furiosamente:

«Et interrogatum est ab ómnibus:

Ubi est Sapo-en-el-pozo? Et responsum est ab ómnibus: Non est inventus.»

**Freeditorial** 